

Sobre la clasificación de los dialectos románicos. Lección de ensayo pronunciada en Leipzig el 30 de octubre de 1870

On the classification of romance dialects

Hugo Schuchardt*

En una ocasión en la que realicé una presentación en el Seminario filológico de Ritschl en Bonn, apoyando cierta afirmación mediante la referencia a una conferencia que había pronunciado invitado por Jahn, Ritschl me hizo saber, con sus discretas maneras, la necedad de esa forma de citar. Eso es algo que nunca olvidé, aunque tampoco jamás atendí. Desde entonces, en forma repetida, he vuelto a remitirme a esta conferencia inédita, con la cual de hecho di el primer paso en mi trayecto académico, y que honraron con su presencia hombres como G. Curtius, Fr. Zarncke, A. Ebert, A. Leskien, Herm. Paul, O. Knauer, entre otros. Ahora algunos me han concedido lo que dije, otros lo han ignorado, pero nadie sabe cuánto o cuán poco fue, y eso me deja en una posición incorrecta, incómodo.

Para liberarme de eso, incluso corriendo el peligro de cubrir una tontería con otra mayor, imprimo, después de treinta años completos, aquella conferencia. No en la versión extensa, aunque no completamente reelaborada, que preparé poco después, sino en su primera redacción, palabra por palabra, y así también con todas las negligencias lingüísticas de las que se espera que pasen inadvertidas, o que se planea corregir a último momento, y hacia el cierre quizás ni siquiera en la secuencia correcta de las páginas. Algún bromista podría atribuirme demasiada piedad ante la propia reliquia; en realidad he debido forzar duramente mi vanidad para sacar nuevamente a la luz tantas cosas incorrectas, inmaduras, poco claras, incluso incomprensibles para mí mismo. Aún más cuestionable debe parecer esto al notar los menos cuán retrasado se estaba entonces, qué bruma matutina se expandía, por ejemplo, sobre la esencia fonética de las hablas italianas, antes de que hiciera su aparición el amanecer ascoliano. Sin embargo, cuestiones puntuales sin importancia, salvo un par de ejemplos [...], no pueden desprenderse de las consideraciones generales, que son las que me importan, pero solo, como puede verse de antemano, a partir de un interés personal. La palabra “personal” no incluye aquí en sí, como en la mayoría de los casos, la representación de una defensa o un ataque; no vengo a confrontar con ninguna pretensión ajena. Solamente deseo prestar un testimonio, de que mi perspectiva sobre la inclasificabilidad de los dialectos, especialmente de los románicos, no la tomé de otros, sino que la adquirí por mí mismo al comienzo de mis estudios romanísticos, y lo deseo con mayor ahínco, siendo que mis demás opiniones en materia de lingüística histórica se encuentran en mayor o menor medida relacionadas con esta.

También se me facilitará, con esta publicación –con la cual por lo demás no vengo a agobiar al mercado librero–, el pronunciamiento sobre el objeto consciente, algo que me había propuesto hace tiempo, y que puedo hacer utilizando las contribuciones empíricas y teóricas con que se ha enriquecido en las últimas décadas. Cuando alguien una vez me atribuyó aquello de que evidentemente, puesto que me obstinaba en mi postura, no habría encontrado en la investigación de otros (por añadidura muy apreciados amigos) nada que aprender, su aseveración se destacaba más por su hostilidad que por su consistencia y efectiva certeza; siempre me dejo enseñar, pero no por ello permito siempre que me conviertan.

* Título original: *Über die Klassifikation der romanischen Mundarten. Probe-Vorlesung gehalten zu Leipzig am 30. April 1870.* Traducción de Juan Antonio Ennis. Se trata de la conferencia ofrecida por Schuchardt luego de la obtención de la *venia legendi* con su tesis de habilitación.

H. Sch.

¡Señores!

La imagen de un árbol genealógico, bajo la cual hemos acostumbrado representarnos la evolución pasada de lenguas emparentadas entre sí, es tan gráficamente clara y parece ser tan certera que sentimos una cierta pena cuando, en principio solo en algunos casos, descubrimos que no puede sostenerse, y no solamente al modo de *omne simile, claudicat*, sino por completo. Uno de estos casos es, en mi opinión, el de las lenguas románicas. Comprobaré la explicación del ordenamiento genealógico de estas desde dos perspectivas posibles: *a posteriori*, en cuanto procedo desde el estado actual, retrocediendo desde la multiplicidad hacia la unidad; y *a priori*, en cuanto procedo desde la igualmente conocida unidad hacia la multiplicidad.

Toda auténtica clasificación, dice Darwin, es genealógica. Ahora bien: tenemos una clasificación del romance en grupos, lenguas, dialectos, subdialectos. ¿Es esta una clasificación auténtica? ¿No es antes bien una meramente superficial? Si pedimos a aquellos que la formulan una explicación precisa sobre la base de los rasgos distintivos comunes y los no comunes al grupo, nos confesarán en una gran cantidad de puntos su inseguridad e incertidumbre,¹ o se encontrarán en abierta contradicción entre sí. Pueden explicar esto como una consecuencia de la escasez de conocimientos, o de ciertas manifestaciones de importancia menor; nosotros, sin embargo, vemos ahí la consecuencia inevitable de un hecho de la mayor relevancia, con el que no puede conciliarse el sistema. Me refiero al hecho de la modificación geográfica, el hecho de que, a través de todo el espacio de la Romania, las diferencias dialectales se ordenan gradualmente en relación con su distribución geográfica. Estamos en condiciones de experimentar esto mediante nuestros propios oídos. Pensemos en algún lugar del sur o del centro de Italia; desde allí nos encaminamos hacia Francia, con el firme propósito de observar con precisión dónde termina el italiano y comienza el francés. Puesto que, naturalmente, se trata de la lengua popular, y debemos mantenernos lo más alejados que se pueda de extranjeros y locales ilustrados, y daremos forma a nuestro itinerario de acuerdo con esto: viajamos a pie, o en mula, rodeamos las grandes ciudades, no tomamos la ruta más corta sino la que nos lleva a través de muchos puntos de descanso próximos entre sí, y visitamos las *Osterie* más ínfimas, para tomar nuestra *foglietta* de vino de la tierra en la sociedad menos selecta. Apenas cruzamos el dorso de los Apeninos, ya nos sopla un aire nórdico, en el cual los sonidos aparecen gélidos y malhumorados, y tienden a perecer ante una constitución demasiado tierna; oímos en lugar de *grande, tutto, paese: grand, tutt, paes*, como en el francés *grand, tout, pays*; en lugar de *vicino, cielo, città: vsein, zel o siel, zittà o sittà*, como el francés *voisin, ciel, cité* y otros. De manera más clara nos recuerda al norte de Francia el ampliamente expandido desplazamiento vocálico de *a* en *ä*; en lugar de *baciare, pane: basär, pän*, como en el francés *baiser, pain*; por cierto será un viejo conocido si hemos venido desde Umbría a través de Arezzo. Mientras este sonido se nos pierde nuevamente en el Po, encontramos a este lado del río muchas resonancias esporádicas del francés, también del francés solo del norte, que aparecen más firmes y frecuentes en Piamonte y Lombardía; en lugar de *muojo, venuto, porzione, giusto* podemos oír aquí *mör, vegnü, porzio, žüst*, como en el francés *meurs, venu, portion, juste*. Además, el italiano *fatto* es reemplazado por el francés *fait, feit, fet* o el provenzal *faç*; luego se diluye *l* a continuación de *a* en *u*: para *alzare, caldo* se dice *aussè, caud*, como en el francés *hausser*,

¹ En el último volumen de la revista de Kuhn, E. Förstemann indica una manifestación que dificultaría la clasificación genealógica de los dialectos germánicos; él la llama *Ancipität der Sprache* y la encuentra, por ejemplo, en griego, al que se agregarían el ario e itálico; en el céltico, al que se agregarían el itálico y germánico; y en el eslavo, al que se agregarían el alemán y el iránico.

chaud; poco después notamos en lugar del futuro *porterò*: *porterai* o *porterei*, como el francés *porterai*. Si seguimos subiendo finalmente hacia el oeste por los cursos de agua que llegan al Po desde los Alpes, entonces encontraremos a cada paso ricas entradas para añadir en nuestro cuaderno: *d* se transforma en *i*: no *padre*, sino *paire*, como en el fr. *père*; *c* se aplasta ante *a*: no *cantare*, sino *ciantè*, como en el fr. *chanter*; *l* ya no se aviene a la transformación en *i*: no *più*, sino *plü*, como el francés *plus*; los femeninos, en lugar de finalizar en *a*, terminan en *o*, como en el neoprovenzal: no *musica*, sino *müsico*; el diptongo provenzal *ue* alcanza nuestros oídos: no *muojo*, sino *muero*. En lugar de *fo*, *vado* se dice o bien *fau*, *vau*, como en prov., o *fai*, *vai*, como el fr. *fais*, *vais*; en lugar de *mio*, *tuo*, *suo*: *man*, *ton*, *son*, como en fr.; en lugar de *avesse*, *fossero*: *üsset*, *füssent*; como en fr. *eût*, *fussent*; el plural se construye con *s*: no *anni*, sino *ans*, como en fr. Ya no son un madero aislado o un pájaro perdido quienes nos anuncian la dirección en la que se encuentra la tierra buscada, sino apretadas señales de todo tipo, que nos avisan los lugares próximos. Y, de hecho, encontramos aún de este lado de las cumbres sitios cuyo modo de expresión se encuentra decididamente más próximo al francés escrito que al italiano. ¿Pero dónde deberíamos trazar, en el suelo, la frontera? ¿Quizás allí donde los porqueros no llaman ya a sus animales *i porci*, sino *lus cusciums*, *les cochons*, o allí donde podemos oír por primera vez a un niño hablar de su padre no como *mio padre*, sino como *mon paire*, *mon père*? Me temo que en este caso dependerá del gusto especial de cada uno. Podríamos también peregrinar desde la Toscana pasando por el “Golfo de los siete senos de Spezia”² hasta Génova, y de allí hasta Niza. Aquí la lengua preserva bajo un cielo más cálido, al igual que la flora, la lengua, de manera más prolongada el carácter meridional, especialmente en la preferencia por las postónicas vocálicas; de hecho, aún más allá de Niza encontramos una coloración más italiana que en buena parte del Piamonte. No obstante, finalmente el resultado de nuestra peregrinación costera se manifestaría en lo esencial igual al de nuestra peregrinación por la montaña. Cuando el poeta anteriormente introducido invita a su amigo a la isla Palmaria,

Wofern du, dem so theuer ist toskanischer,
 Vibrirter Konsonantenhauch,
 An Genuesersprache dich,
 an gallische Verweichlichung gewöhnen kannst,³

la pregunta por dónde comienza esta “suavización gálica” nos llevaría a una igual confusión que aquella acerca de por dónde se diferencia el dialecto gálicamente suavizado del propiamente galo.

Ahora bien, pueden pensarse cuatro posibilidades de la alteración geográfica: aparece dentro de un cierto ámbito como prácticamente uniforme; se pueden reconocer dos grupos unidos mediante un tránsito gradual; entre ambos se encuentra una instancia intermedia que se destaca con claridad; están separados por una línea fronteriza definida, después de la cual tiene lugar la aproximación o asimilación. Así, mientras solo en el último caso, el más raro, se emplea la clasificación, en el primero no sucede en absoluto, y en los dos intermedios solo bajo determinadas condiciones, en la medida en que se cuele también un poco de arbitrariedad, o hay algo, un resto, que no puede ser albergado por la clasificación. Se me hará notar que, mientras la genealogía es un requisito necesario de la clasificación, no obstante, esta no es una consecuencia necesaria de aquella; en otras palabras: se apelará a la teoría del cruce de lenguas.

² N. del T.: se trata aquí de una alusión al poema de August Graf von Platen, “Einladung nach der Insel Palmaria” [Invitación a la Isla Palmaria], en cuyo primer verso se encuentra esta referencia.

³ N. del T.: “Si es que vos, que tan cara te resulta/La expiración consonántica vibrada de la Toscana,/Te podés acostumbrar a la lengua de los genoveses,/a la molicie gálica”.

Así como una mezcla real entre dos lenguas fundamentalmente diversas apenas puede sostenerse, tampoco es posible negarla entre dos dialectos estrechamente emparentados. Habitualmente se ve acompañada de circunstancias especiales, y es solamente un estadio de transición; como consecuencia de una mayor gravitación civilizatoria o política, un habla influye sobre la otra en una zona limítrofe de las mismas; la penetra, asimilándola. Pero también allí donde una vez dos dialectos de igual fuerza se encuentren, el dialecto mixto resultante no tendrá capacidad alguna de supervivencia como tal, y menos aún el impulso para una evolución propia; los bastardos lingüísticos tienen tan poca inclinación a reproducirse como los bastardos de los reinos animal y vegetal. Pero dejemos de lado la presuposición de tales limitaciones, y podremos remitir de manera consistente a la mezcla, naturalmente de diversa intensidad, no solamente formas intermedias cerradas, sino también tránsitos y aproximaciones progresivas, de modo tal que ninguna forma de habla se habrá sustraído completamente a este proceso. No obstante, lo que luego resulta válido para la generación más nueva, para la punta de la copa del árbol genealógico, lo es también para las anteriores, puesto que siempre contaron con las mismas condiciones; dos variedades lingüísticas no pueden haberse desarrollado primero de manera independiente y, cuando estuvieron listas, haberse influido recíprocamente, sino que esta influencia ha tenido su comienzo en la misma divergencia. Unimos las ramas y brotes del árbol genealógico mediante innumerables líneas horizontales y deja de ser un árbol genealógico.

Hemos arribado al punto en el que resulta necesario explicar la diversidad lingüística que descansa sobre una unidad lingüística. La misma es el producto de dos factores, la fuerza centrífuga y la fuerza centrípeta. Aquella, la originaria y siempre igual, procura incesantemente diferenciar la lengua, dividirla en lenguas individuales; la otra opera en el intercambio cotidiano, comercial, político, eclesiástico, literario, o, como también podemos decir, en la educación a través de la sociedad, el Estado, la Iglesia, la escuela. En qué modo y con qué fuerza interviene este factor, de ello depende el grado de diferenciación, o, si queremos atenernos a la perspectiva establecida, la forma del parentesco lingüístico. Piensen, por caso, en dos colonias que partieran desde un mismo punto en direcciones diversas, y entre las cuales se rompiera toda relación; desde los lugares de arraigo se desprenderían nuevos asentamientos y de estos nuevamente otros, y así sucesivamente, aunque siempre de manera tal que cada cual siguiera viviendo de manera completamente aislada. Entonces se levantaría un árbol lingüístico en el que no habría lo más mínimo que objetar. Un árbol de las maravillas como este, que debería arrojar vastas sombras, no ha sido hasta ahora aún descubierto, por lo que sé. Por el contrario, lo que aparece de manera aislada es la separación real de lenguas. Con qué derecho Max Müller presta acuerdo sobre la existencia de una lengua teutónica común, homogénea, así como de una del alto y el bajo alemán, igualmente común y homogénea, no me es dado juzgarlo aquí. No obstante, a partir del suelo en el cual nos movemos, podemos decir con certeza que nunca vio una lengua española, francesa o italiana, nunca un alto italiano, nunca un lombardo, nunca un valtelino. Se trata solamente de expresiones geográficas colectivas. Aún dentro de los muros de grandes ciudades se encuentra una diversidad lingüística perceptible, aunque difícil de definir. Por supuesto, no me refiero a aquella puramente gradual, que debe vincularse con los mayores o menores niveles de ilustración; en este sentido se destacaba por ejemplo en Florencia por sobre los demás barrios alguna vez el tantas veces nombrado Mercato Vecchio, ahora se destacan a uno y otro lado del Arno ambos Camaldoli, cuyas mujeres especialmente, llamadas *ciane*, con sus inacabables riñas y chismorreos, aparecen como las verdaderas depositarias del florentino auténtico. Me refiero más a un tipo de contraposición como el que se da en Venecia entre los sectores de Castello y Canaregio, igualmente distantes del centro civilizado, representados por Castalani y Nicoloti. Ambos mantenían una enconada hostilidad, poniéndose motes, que mayormente pertenecían a la clase de los marineros en el caso de este,

al de los pescadores en el de aquel, arrojándose ya hace siglos cosas como “comedor de brea” y “cazador de cangrejos y caracoles”, además de entonar canciones burlescas de uno a otro lado. Una rivalidad similar reina en Roma entre los montigianos y los trasteverinos; también alguna vez entablaron batallas formales, en tanto se apostaban enfrentados sobre el Palatino y sobre el Aventino, respectivamente, luego uno abría un ataque en toda regla lanzando piedras, y todo se decidía con una riña no exenta de derramamiento de sangre en el Circo Máximo. De la expresión algo achatada del pueblo en lo que fuera alguna vez el Campo de Marte, se destaca ahora como más áspera y característica tanto la de Monti como la de Trastevere; pero si alguien es de aquí o de allí, probablemente sea más conjeturado que reconocido por un nativo del lugar solamente por la elección y la entonación por caso de una maldición o de una adulación. Más pronunciada debe ser en la tres veces más chica Nápoles la diferenciación del dialecto popular tan diferenciado de la lengua escrita y por lo tanto menos influido por ella, entre Capo de Monte, la Chiaia y el Mercato. Finalmente presento aún una observación más de Lotto Lotti, que cantaba hace doscientos años la liberación de Viena en dialecto de Bolonia. Dice: “El boloñés es un idioma mixto, y la expresión, la pronunciación, la entonación, los dichos, cambian de un rincón a otro de la ciudad; quien vive en la calle romana, llamada Strà maggiore, parece asimilarse a los Romagnoles; quien vive entre la puerta de la calle S. Stefano hasta la puerta de Saragozza, se aproxima a los florentinos; quien vive entre la puerta de S. Felice y Galliera, tiene en sí algo de la lengua lombarda; y desde allí hasta la puerta Sanvitale tiene lugar una aproximación al ferrarés. Esto encuentra su causa en el comercio estrecho con los extranjeros que confluyen allí desde las comarcas mencionadas”. El hecho puede ser cierto, aunque ciertamente algo adornado por la fantasía de Lotti; la explicación puede ser generalizada. Totalmente fuera del juego quedan las lenguas escritas, que surgieron del cultivo artificial de los dialectos. Por lo demás, debe tenerse en cuenta que cuanto más nos retrotraemos, más se diluye la diferencia entre lengua escrita y dialecto. Aún en la mayor parte de las muestras dialectales registradas de todas formas por puro interés lingüístico se deja ver la influencia de la lengua general, especialmente en la representación de la pronunciación. Si un habla es trabajada literariamente en una medida tan grande como en el caso del napolitano, resulta inevitable que reciba de ello una cierta limpieza y pulimento, menos en la pluma del cómico que en la de la épica. Con menor fidelidad se reproduce en la escritura un dialecto allí donde se trata de hacerse entender popularmente, o de presentar a los demás los rasgos característicos del mismo, como los italianos del siglo XVI y siguientes se entregaban al placer de hacer llevar adelante, sobre el escenario, las más íntimas conversaciones entre gente como los venecianos, los bergamascos, los genoveses, los boloñeses, los napolitanos, que en la vida real difícilmente se entienden entre sí, si no es que no lo hacen en absoluto. Finalmente, si nos remontamos a los comienzos de la literatura italiana, encontramos toda una cantidad de dialectos municipales en el orgulloso esfuerzo por elevarse al rango de lenguas de escritura a través de la renuncia a las particularidades más notorias, y la condescendencia frente a las demás. Y sin la estrella triunfante de Dante, lo más probable es que entre ellos se hubiese llevado la victoria en la lucha por la vida uno en el norte y uno en el sur respectivamente (pensando en España y Francia), por supuesto con algunas víctimas y concesiones. De hecho, contamos con monumentos antiguos de una incipiente lengua alta italiana, a la cual se refiere la expresión “lombardo”, por ejemplo, en Oswald von Wolkenstein y en las Leys d’amors. Del mismo modo, aún en los siglos XIV y XV, como he podido ver a partir de muchos manuscritos, se hacía uso en la franja romano-napolitana de una lengua general sin una coloración local definida; si por ejemplo en la Crónica de Parténope mencionada por Giovanni Villani se la toma por napolitano, entonces se hará bien en leer la carta de Boccaccio para conocer la distancia frente a esta. Por lo demás, la lengua escrita italiana no ha logrado aún la unidad y uniformidad que caracterizan por ejemplo a la mucho más joven francesa; de ahí algunas grescas entre lombardos, toscanos y napolitanos.

Otra circunstancia que hace que la imagen del árbol genealógico aparezca inviable para el desarrollo de las lenguas románicas es la amplia base que presentan. El espacio de estas lenguas no se fue ampliando gradualmente de acuerdo con un crecimiento regular y homogéneo de la población, sino de a saltos, a través de conquistas bélicas y morales. Si miramos hacia el otro lado del Océano Atlántico, donde tanto aún está en proceso, podemos recoger explicaciones sobre muchas instancias de este desarrollo, y también sobre esta, superada ya para nosotros. Del Viejo al Nuevo mundo fueron trasplantados el español, el francés, el portugués, el inglés. Sobre estas lenguas, las lenguas de los nativos y las de los negros asimismo allí importados ejercieron una influencia extraordinariamente significativa en el caso de los de color y los mestizos, así como en el de un número menor de blancos que vivían en relación estrecha y duradera con ellos, mientras que, en el caso de la gran masa de los blancos, salvo un enriquecimiento del vocabulario, no ejercieron casi ninguna influencia. Por ello, si es que los araucanos hablaron en el siglo pasado un español con gramática completamente araucana, o si una deformación similar de este noble idioma en Curazao hizo acrecentar nuestro interés hasta ahora algo unilateral en esta isla, es algo cuya aplicación a la prehistoria de las lenguas románicas no nos permitiremos ahora. Lo que nos interesa es saber de qué modo, por ejemplo, se trasplantó el inglés a los Estados Unidos de Norteamérica. ¿Fue un solo dialecto que cruzó el Océano? No, sino todos los dialectos ingleses posibles. Pero puesto que sus representantes se entremezclaron de las formas más diversas posibles, estos dialectos no pudieron perdurar en su singularidad; se equipararon, gravitando, como dice Whitney, hacia el punto medio de la lengua de los cultos. Así surgió una lengua prácticamente común, una *koiné*, y a esto se refiere el dicho habitual según el cual en América no se habla el inglés tan bien como en Inglaterra, pero tampoco se lo habla tan mal como allí. Supongamos ahora que el fuerte y constante flujo humano proveniente de Inglaterra y los demás países europeos se viera ocluido, ingresando así la población proveniente de esta fluctuación constante en un estadio de calma y constancia. Supongamos, además –lo que es más difícil de pensar– que se redujera también al mínimo el influjo intelectual desde la madre patria. Entonces, al mismo tiempo y más o menos rápidamente, el norteamericano entraría en una oposición definida con el inglés, y se desarrollaría por otro lado la diferenciación dialéctica al interior de aquel. Ya pueden comprobarse algunos principios de esto. Hay americanismos que llenan un imponente volumen, y si bien el “acento americano”, la pronunciación “drawling”, arrastrada y nasal, que tanto lastima los oídos de los ingleses sensibles (p. ej.: *ênd* = *ënd*, *dawg* = *dög*) es en principio propiedad de los yankees, tiene asimismo la perspectiva de devenir patrimonio común; pensemos solamente, por caso, en los progresos asombrosamente rápidos que ha hecho y aún hace el “acento” berlinés. Ejemplos de mayor singularidad son, por caso, que en Nueva Inglaterra se dice *kyow* en lugar de *cow*, *dyoo* en lugar de *do*, en el Oeste *streech* en lugar de *stretch*, *thar* en lugar de *there*, *wunst* en lugar de *once*, en el Sur *year* en lugar de *ear* y *here*, *ídea* en lugar de *idéa*, *õnly* en lugar de *only*. Muchos de estos cambios fonéticos, quizás todos, se pueden descubrir en los dialectos del país de origen, por ejemplo, *hoss* en lugar de *horse* en el norte, *hoose* en lugar de *house* en el sur de Inglaterra. Si bien no quiero rechazar ahora la posibilidad de un origen autónomo de los mismos en suelo americano, es no obstante probable que antiguas tendencias dialectales, movimientos particularistas, que habían sido oprimidas en aras del bien común, esto es de la comprensibilidad, bajo ciertas condiciones favorables se vean revividas, afirmadas y por así decir, que hayan conseguido darse una nueva patria. Sin embargo, no debe perderse de vista que aún sin estas memorias traídas desde allí y sin la fuerza de cambio que sin dudas habita el elemento holandés en el estado de Nueva York, el alemán en Pensilvania, el francés en Luisiana y el español en Florida, la diferenciación lingüística avanzaría. Y bajo la condición mencionada de una cultura intelectual más primitiva, se daría de una forma tan rápida que después de siglos la medida y diversidad de los viejos dialectos

ingleses se vería ya superada. Si se quisiera entonces bosquejar un árbol genealógico del inglés que se dividiera en dos ramas, la americana y la británica, que a su vez se ramificaran en muchos dialectos, este mismo contendría entonces el doble error de coordinar al americano con el inglés propiamente dicho y al mismo tiempo hacerlo surgir junto con él, siendo que es más joven que los más jóvenes de sus dialectos, y luego entender al americano como madre de numerosos dialectos, siendo que nunca existió como unidad, y sostiene la divergencia exterior al mismo paso que la interior. Del mismo modo, el romance de un espacio geográfico cualquiera no ha crecido a partir de la antigua lengua de la ciudad de Roma, sino de la lengua general, aunque ordinaria, utilizada en estos territorios tras su sometimiento entre los soldados y colonos, que ya desde casa hablaban diferente. A la península ibérica, por ejemplo, llegaron personas de todas las regiones de Italia; a la Galia habrán llegado no solo de allí, sino también de la ya romanizada España (y África). De este modo, el romance arraigaría en distintos estratos temporales, que no podemos seguir en su diversidad y en sus frecuentemente insignificantes intersticios; sabemos así que en España la *Bética*, en la Galia la *Provincia* fueron las que primero se apropiaron completamente de la lengua romana, pero a la vez desconocemos el modo en que se dio la romanización en esas regiones. En verdad, en consecuencia, esta observación histórica carece de importancia para la teoría puramente lingüística. Antes de la completa incorporación de los territorios ahora románicos, la centralización del Imperio romano fue una tan fuerte y, como en Norteamérica, la población se encontraba en un ir y venir tal, que los dialectos incipientes no hacían más que circular en una corriente fresca. Solo se pudieron comenzar a cristalizar ante un principio de estancamiento, en el cual el cristianismo juega un papel extraordinario. Lo notable es que la misma Iglesia que al comienzo era tan reacia al latín clásico y unificado, propiciando el fortalecimiento de las hablas populares, luego, rechazando a su vez estas mismas, tratándolas incluso con hostilidad, uniría cordilleras y Alpes con el *Gloria tibi Domine* y el *Deo gratias*. Pero, aunque los dialectos hayan tenido su comienzo recién aquí, mientras allí ya se habían formado mucho tiempo antes, después del transcurso de un cierto tiempo no puede notárseles más la edad; los dialectos del centro de Italia no varían en modo alguno más pronunciadamente entre sí que los de Lorena o Alsacia. La diferencia entre dos dialectos tiene su juventud; crece, luego ingresa a la edad adulta, es decir sufre un cambio cualitativo, pero no cuantitativo. En otras palabras: a la divergencia entre los mismos puntos inamovibles se le impone un límite que no puede superar; luego se da un desarrollo paralelo, quizás incluso convergencia. Lo último sucede a partir de una fuerte presión de la lengua escrita sobre la lengua popular. Para introducir un ejemplo, alguna vez el dialecto de Roma fue del todo diverso de la lengua de la Toscana, manteniéndose más próximo al napolitano; ahora es como si se hubiera dado la vuelta, dando la espalda a este y acercándole el rostro a aquel. Así, sin caer en ningún error esencial, podemos postular la simultaneidad de la emergencia de la coloración dialectal en los distintos territorios. He escogido deliberadamente la expresión “coloración”. Quisiera reemplazar para ustedes la imagen del árbol genealógico, que rechazo, por otra. Imaginemos la totalidad del complejo de los países de habla romance, cubierto con uno y el mismo color, blanco, que representaría la lengua vulgar general. Este blanco se iría oscureciendo, adquiriría diversos tonos mate, que aparecerían cada vez con mayor fuerza, hasta que, sin que nos hayamos dado cuenta, finalmente tendríamos delante de los ojos los colores del arcoíris, compenetrándose imperceptiblemente entre sí. Esta imagen es un poco más simple que aquella, porque precisa de distintos y no un solo momento de observación, y se aproxima más también, por eso mismo, al sencillo estado de las cosas.

Hasta ahora hemos hablado de la modificación geográfica como un hecho; ahora corresponde fundamentarla y definirla como una ley. En lo esencial, es una consecuencia de la fuerza centrípeta, que procura asimilar, pero solo logra aproximar. Así se explican los tránsitos más bruscos en las fronteras naturales y artificiales, y de hecho cobran mayor significación las

diócesis que los dominios seculares. Al mismo tiempo, puede encontrarse una causa más profunda para el cambio geográfico. Si en todas partes, a partir de la misma lengua primigenia se desarrollara una cantidad de dialectos autónomos, puesto que no han estado en contacto entre sí, ¿no aparecerían también ordenados geográficamente? A. Schleicher dice, hablando de la mayoría de las hordas originarias de la lengua: “A partir de un punto dado, de acuerdo con la magnitud de la distancia con respecto a este punto, las lenguas deben haberse agrupado en divergencia cada vez más pronunciada frente a la lengua del punto de partida, ya que, con la distancia espacial, la diversidad del clima y de las condiciones de vida tiende a aumentar”,⁴ y él cree percibir aún ahora huellas de una distribución regular tal de las lenguas. Si las lenguas primigenias se ordenaron gradualmente en el espacio a partir solamente de su misma capacidad lingüística, se puede presuponer lo mismo de los dialectos diseminados libre e independientemente sobre un mismo suelo. Pero la lengua no se modifica directamente a causa de condiciones exteriores, sino como parte integrante del ser humano, que no solamente de norte a sur, sino asimismo de oeste a este se modifica corporal y espiritualmente. Se ha procurado explicar esto a partir de las herramientas lingüísticas modificadas, aquello a partir del carácter nacional. En mi opinión, el punto está allí donde interviene la lengua, más bien en el medio, esto es en la organización nerviosa del ser humano, dicho brevemente, en su humor. Este humor encuentra su expresión inmediata en el ritmo musical, lo único que es completamente propio y característico de cada lengua y cada dialecto, lo que no comparten con ninguna otra. Es aquello que en la adquisición de una lengua extranjera nos mantiene hasta el final adheridos a la propia, incluso cuando hemos superado la pronunciación. Lo reconocemos solo en la comparación de diferencias mayores, como distinguiríamos a un berlinés, a alguien de Dresde o a un vienés a través de ello, aun habiendo una pronunciación cualitativamente pareja. Sería deseable representar el ritmo de muchos dialectos emparentados mediante notas; creo que eso tendería un puente entre la psicología y la lingüística, que hasta ahora solo se observan desde una cierta distancia.

El principio musical ha sido tomado en consideración también al abordar la pregunta por el origen de la lengua, la cual manifiesta algún parentesco con la presente sobre el origen de los dialectos. No debemos perder de vista ahora que las manifestaciones sonoras de un dialecto en principio surgieron del ritmo, o aparecieron en armonía con él; el ritmo no se forma al revés, como se ha dado a entender alguna vez, a través de la sucesión de las consonantes y las vocales en relación entre sí. Si Leipzig se volviera francesa, y se borrara de un golpe toda memoria de la lengua alemana, solo el “acento” de Leipzig suscitaría los cambios más sensibles en la lengua francesa. Quien ha oído alguna vez a un romano del pueblo bajo, comprende que este no puede decir *fatt, grand*, como el boloñés, que no puede renunciar a las consonantes dobles, como el veneciano, sino que prefiere introducirlas; comprende cómo al destacar pronunciadamente la sílaba acentuada desaparecen las vocales pretónicas, p. ej. *namo* en lugar de *andiamo*, *Lisandro* en lugar de *Alessandro*; cómo la vocal más abierta se cierra después de la antepenúltima sílaba acentuada, p. ej. *commido* en lugar de *commodo*, *sabbito* en lugar de *sabbato*; cómo antes de una pausa conviene un final de palabra trocaico, p. ej. *cusine* en lugar de *così*, *piùne* en lugar de *più*. No obstante, en qué medida el devenir completo de un dialecto se ve condicionado por este ritmo es algo que no podemos mensurar, en la medida en que carece del desarrollo específico presupuesto.

¿Cómo comparar, o mejor, cómo mensurar ambos dialectos entre sí? ¿Podemos representar a algún dialecto romance a través de una fórmula única, como si fuera una función del latín?

⁴ N. del T.: la cita proviene de un texto cuya traducción fue publicada anteriormente en esta misma revista: Schleicher, August (2014). “La teoría de Darwin y la Lingüística. Carta abierta al Dr. Ernst Haeckel, Profesor Extraordinario de Zoología y director del Museo Zoológico en la Universidad de Jena”. *Revista argentina de historiografía lingüística* 6: 2, 123-134, p. 132.

No, si no es a través de una serie de fórmulas, que expresan las diversas modificaciones de los sonidos, de las formas léxicas, de los significados, etc. Y, de hecho, no hay ninguna relación necesaria entre ellas; si así fuera, debería hallarse su punto de partida común, una fórmula para el cambio en su totalidad. Pero escojamos un dialecto cualquiera al azar y dispongamos el conjunto de sus particularidades fonéticas, que son siempre lo más característico, y veremos que la mayoría de ellas, quizás todas, también aparecen en otras partes. El francés, por ejemplo –tomando la lengua escrita como un dialecto definido–, parece tener mucho de específico; sin embargo, en Italia nos topamos con el *e* en lugar de *a*, que encontramos también en el Tirol y Grisonas; en el norte de Italia, Tirol y Grisonas aparecen los sonidos *ö* en lugar de *o*, ital. *uo* y *ü* en lugar de *u*, nasal, si bien no siempre la *n* nasal del francés, en Portugal, norte de Italia, Tirol, Grisonas, la *c* comprimida antes de *a* en una parte del Sur de Francia, en Grisonas, Tirol, Friul. Por tanto, el carácter de un dialecto reside no tanto en la forma de sus modificaciones como en la elección de las mismas. Cuanto más próximos estén geográficamente, los dialectos tendrán más cambios en común. Por ello, no podemos describir el territorio de un dialecto individual como el de todos sus tratamientos fonéticos singulares. Solo de manera excepcional una fórmula fonética no tiene un solo territorio con el que se relaciona, sino muchos separados. Para esto hay diversas causas. En primer lugar, debe notarse que la separación con frecuencia es solo aparente. Así, el esp. *hecho* y el prov. *fach* se encuentran extrañamente entre el port. *feito* y el fr. *fait*; pero ambas formas son solo desarrollos ulteriores de *feito*, *fait*; el vínculo existe, pero permanece oculto. En francés y en portugués, *j* y *g* ante *e*, *i* suenan como *ž* (en provenzal de un modo más arcaico, aún *dž*); así sonaron alguna vez y en español al menos hasta entrado el siglo XVI, aunque tengan allí ahora una pronunciación gutural. En un segundo caso existió asimismo originalmente una relación, pero luego se dio una verdadera separación, en cuanto o bien entre formas oscilantes contiguas se introdujo en un ámbito intermedio una diversa de ambas, o bien lateralmente, en forma de cuña, se interpuso otra, extraña a ellas. Es difícil distinguir de estos al tercer caso, en el cual el mismo desarrollo fonético se dio en distintos puntos independientemente, dado que entonces debe suponerse al menos la capacidad panromance para ello. Si por ejemplo algunos dialectos casi regularmente ponen *r* en lugar de *l*, por otra parte, difícilmente se encuentre un dialecto romance en el cual la confusión de *r* y *l* no aparezca al menos aisladamente. Con este caso se encuentra a su vez emparentado el cuarto, en el cual del mismo modo se registra exactamente la misma manifestación en territorios completamente separados, pero a causa de la influencia de la misma lengua, o de lenguas nativas preexistentes estrechamente emparentadas. Deliberadamente hemos excluido hasta ahora de nuestra exposición la incidencia de las lenguas repartidas originariamente sobre el territorio ahora romance, como el ibérico, el celta, ligur, rético, etc., porque el modo en el cual se formaron los dialectos romances no se ve condicionado por ellos. El latín vulgar –esto ha sido pasado por alto con mucha frecuencia– se hubiera convertido en romance, también sin esa presión desde abajo, o también sin la bastante más leve ejercida desde arriba por el árabe, germánico y eslavo. Pero en el detalle, esta influencia es de todas formas importante. Quizás las antiguas líneas de demarcación etnográficas no se han borrado del todo... Por ejemplo, cuando *n* cae entre vocales en gascón y en portugués, el vasco nos muestra nítidamente de qué fuente se debe derivar esto, y lo que no deja de ser llamativo es que el español no haya participado de ello. En un quinto caso, finalmente, se trata no de los sitios de asiento modificados de los pueblos originarios, sino del de los romanos mismos, de migraciones en parte y de colonizaciones formales. En Sulzberg, Tirol, se supone que el dialecto de Mezzano se aproxima al romano, el de Termenago y Castellano al Toscano, el de Pellizano al modenés, de acuerdo con los diversos destinos de las numerosas emigraciones anuales. Un verdadero enclave del poitevin en el gascón, esto es del francés del norte en el del sur, se encuentra entre el Dordoña y el Garona; se llama la *Gavacherie*, puesto que los gascones han transferido el

título de *gabacho* (“tipo mugroso”) que les impusieran los españoles a los saintongeses que desde hace casi cuatrocientos años se encuentran asentados entre ellos. Esta transferencia de nombres desdeñosos es una manifestación frecuente y dificulta en ocasiones las definiciones geográficas (como la de *Muffrika* entre Alemania y Holanda) considerablemente. Los territorios de los dialectos, por lo tanto, no pueden encerrarse dentro de límites fijos, aunque sí puede hacerse con los espacios de las diversas formas que adopta un sonido latino: no se pueden hacer árboles genealógicos de aquellos, aunque sí probablemente de estos.

Queda pues entendido que en general una particularidad fonética que domina un cierto terreno de grandes proporciones no nació simultáneamente en todas partes, mediante las mismas o similares condiciones naturales, sino solo en un punto, y de allí fue expandiéndose paulatinamente... Se habrá extendido hacia todos lados de manera más bien uniforme, por lo que su origen habitualmente no se encuentra en los límites de su territorio. Si trazamos un mapa sobre el cual registramos todas las manifestaciones fonéticas y morfológicas posibles a través de las cuales el latín se convirtió en romance, percibiremos en este alboroto de líneas algunas más gruesas, o puntos más oscuros donde más de ellas se cruzan, esto es, estableceremos formas de tránsito. Pero no obtendremos con ello una clasificación, sino que en el mejor de los casos podremos identificar ciertos puntos destacados de irradiación que, a su vez, no obstante, forman una serie continua con aquellos de segundo, tercer u otro orden. La ponderación puramente mecánica de todos los rasgos diversos es inviable e impropcedente, dado que el valor de estos rasgos no es el mismo en cada caso. Si queremos extraer lo más importante como fundamento para la subdivisión, sucede que la pregunta por la importancia es extraordinariamente difícil de resolver, con seguridad solamente al conocer un fin vital para la lengua. Presupongamos, no obstante, una cantidad de caracteres más importantes, y veremos que en uno coinciden dos lenguas entre sí, que sin embargo divergen en el otro. ¿Qué decisión principal debería adoptarse, por ejemplo, entre las lenguas románicas?... Así, los contornos que creíamos haber fijado se desplazan con cada paso que damos hacia adelante.

El único medio, no de clasificar cosas que no son clasificables por su naturaleza, pero a fin de hacerlas aparecer en un cierto orden a los ojos del observador, es la fijación de puntos arbitrarios, casi trigonométricos, a partir de los cuales pueden definirse los restantes y mensurar todo el territorio. Algunos puntos son naturalmente más adecuados que otros, y lo más adecuado lo ofrecen las lenguas escritas. Si queremos determinar un dialecto en la frontera de Francia o Italia, estudiamos si se acerca más a la lengua escrita francesa o italiana –quizás se encuentre igualmente distante de ambas. Pero aquí no debemos olvidar nunca que estas definiciones son solo relativas: un dialecto que adjudicamos a la zona de Roma, cuando se trata de Roma o París, quizás no pertenecerá ya a la misma zona si desplazamos el centro de París a Marsella. El valón se adscribe al francés solo de manera forzada: se puede reconocer el acercamiento a una lengua especial, cuya hechura solo dependía de la expansión exterior del territorio romance a través de Holanda y el noroeste alemán. De modo muy similar, se ha tratado al friulano como un dialecto italiano, si bien muy particular, solo mientras no se reconocía su relación con los dialectos románicos del Tirol y Grisonas.

¡Señores míos! He querido hablar sobre la clasificación de las lenguas románicas, y he debido hablar en contra de ella. Creo, sin embargo, que incluso este resultado negativo es provechoso, en la medida en la cual a través de él se facilita la explicación de no pocas manifestaciones en la historia de estos dialectos.